

Cuentos históricos, leyendas antiguas y tradiciones populares de España

Romero Larrañaga, Gregorio

Índice

- [Cuentos históricos, leyendas antiguas y tradiciones populares de España](#)
 - [Recuerdos de mi patria](#)
 - [Lucrecia la de Sevilla](#)

Leyenda caballeresca del siglo XVI

- [Comprar el trono de un pueblo con la sangre de un hermano](#)

Cuento histórico

Cuentos históricos, leyendas antiguas y tradiciones populares de España

Gregorio Romero y Larrañaga

CUENTOS HISTÓRICOS,
LEYENDAS ANTIGUAS
Y TRADICIONES POPULARES
DE ESPAÑA.

POR

DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA.

MADRID.

R. BOIX, EDITOR.

Impresor y Librero, calle de Carretas, número 8.

1841.

✧

Recuerdos de mi patria

Prólogo del Editor

Bosquejar los rasgos característicos de esta nación grande, memorable y poética por excelencia, haciendo familiares al pueblo los preciosos recuerdos de sus mejores tiempos, es un pensamiento que se recomienda no sólo como altamente nacional sino también como útil e interesante.

El Editor espera que el público que tan favorablemente acogido otras obras de este joven y acreditado poeta, tendrá en no menor estima esta nueva publicación.

Introducción

Venid, venid en torno del Trovador que canta,
hora que alumbra el fuego del chispeante hogar;
veréis al dulce estruendo que su laúd levanta
los siglos ya pasados su tumba abandonar.

Y enderredor girando de la sonante lira formar grupos diversos sus sombras en tropel; y humildes al aliento que al Trovador inspira veréis como se visten su púrpura o broquel.	5
Veréis tornarlos tiempos de magos y hechiceras, sus fábulas medrosas, su infiel superstición, con las querellar, graves, ensueños y quimeras de un pueblo, hasta en sus vicios de ardiente exaltación.	10
Veréis como se ostentan de nuevo gigantescos los fuertes y castillos de la época feudal; las góticas capillas, los templos arabescos, de los valientes moros recuerdo inmemorial.	15
Veréis las medias lunas en frente de las cruces flotando en las almenas, por cima del pendón: poblados los amenos dominios andaluces, de ejércitos que inflama su hermosa religión.	20
Veréis las diestras trazas, caballerosos lances, empresas e hidalguías de nuestra media edad, que hoy sueños nos parecen de lánguidos romances y que eran ¡ay! entonces magnífica verdad.	
Veréis rasgar las nubes los célebres azores y allá en sus cetrerías sesteando el paladín: la altiva castellana desde altos miradores, oyendo de sus pajes el suave bandolín.	25
O ya las romerías de amantes peregrinos que buscan de sus almas la paz en su Patrón; o ya las aventuras de infames asesinos que cruzan en las noches por medio del turbión.	30
Sabréis los altos hechos maravillosos, grandes de mil hijos de España, su orgullo y su sostén, que allá en la culta Italia, y en la guerrera Flandes ciñeron de laureles su generosa sien.	35
Las fiestas populares, curiosas ya por viejas veréis con sus estilos de rancia antigüedad: las doctas tradiciones, leyendas y consejos que fueron otros días pasmosa realidad.	40
Acaso si algún hijo de playas españolas sus lances de fortuna pasó de allende el mar, también navegaremos por las revueltas olas que van del reino extraño la arena a salpicar.	

Y tanto que aun crucemos las mágicas florestas 45
que Atala con sus ayes tristísimos hirió,
en pos de las historias risueñas o funestas,
que allá en sus soledades el tiempo sepultó.

Corred, bellas, sentaos en torno de su lira,
mirad por ese prisma que aclara la ilusión: 50
su patria, España hermosa, su corazón admira,
que beba en vuestros ojos la dulce inspiración.

Le basta en recompensa, si alguna vez contando
lances que ya ha sentido por ciertos vuestro amor,
cerráis su pobre historia, llorosas recordando 55
el canto misterioso del dulce Trovador.

✕

Lucrecia la de Sevilla

Leyenda caballeresca del siglo XVI

- I -

En una tarde de abril,
deliciosísima tarde,
no tengo presente el año
pero muchos años hace; 5
en la vega deleitosa
del humilde Manzanares
río pobre en sus corrientes,
pero en su renombre grande,
pues su orilla es celebrada
por ser cuna favorable 10
de las hermosas, según
nacen en ella deidades;
que aunque sólo en el Oriente
las circasianas encanten;
y aunque no hay tan bellos ojos 15
como son los orientales;
aunque Málaga y Jerez
sin ser del Oriente parte,
son en materia de hermosas
fuentes ricas y abundantes; 20
y pasan las de Granada
por ser hurís celestiales,
y las damas de Valencia
por las damas más notables;
las arenas de este río, 25
el imperio se reparten

en punto a mirar hermosas,	
en sus mágicos raudales.	
Y no extrañéis que prodigue	
encarecimientos tales	30
a las bellas de mi patria;	
que no fueran disculpables,	
a no ser tanto el hechizo	
de sus ojos virginales,	
las demandas y tragedias	35
que desde añejas edades	
por alcanzar un suspiro	
bañaron su suelo en sangre.	
En aquella hora del día	
en que los rojos celajes,	40
ciñen un lazo de fuego	
sobre la frente gigante	
del horizonte extendido,	
y en que variados cambiantes	
tornasolan en las aguas	45
brilladoras y fugaces,	
los últimos rayos tibios	
de un sol, que en destellos suaves	
va prodigando su luz	
a los montes y a los valles,	50
gozándose en detener	
su cabeza agonizante	
mayor tiempo, por mirar	
el mundo de donde parte,	
en ese momento, pues	55
de armonía inimitable	
en que parece que el ruido	
de las ondas es más fácil,	
el olor de las praderas	
más sentido y agradable,	60
más blando el son de las ramas,	
más triste el son de los aires,	
más rico el manto de flores,	
más amorosas las aves,	
dos damas están sentadas	65
del pobre río en la margen.	
Las olas leves, parece	
que entre sus pies se deshacen,	
y así el tocar en la orilla	
es sólo para besarles;	70
porque acaso agradecido	
el río, querrá pagarles	
con la espuma que salpica	
sus mantos cual blanco encaje,	
el ver que aumentan sus ojos,	75
la copia de sus caudales.	

La más hermosa, y por cierto que la que es más no se sabe, pues de ambas celoso el sol, se hundió en el ocaso aun antes, es morena, alta y delgada, de graciosos ademanes.	80
Las azucenas y el lirio en el color de sus carnes su pura esencia confunden en graduación admirable.	85
La sonrisa es hechicera, tan bella, y tan insinuante, que los amores dichosos sus nidos en ellas hacen.	90
No es mucho en concha de perlas y entre un ramo de corales que anide amor, si otra concha fue la cuna de su madre.	95
Sus ojos son dos estrellas; cuando en luz agonizante, vierten tranquilas miradas, no hay alma que no desmaye, y en su lumbre moribunda, no tema que al fin se apague un corazón tan hermoso que despide albores tales; cuando fogosas e inquietas, en fuego inspirado se arden, se espera que sus dos soles todo el universo abrasen.	100
Sus maneras, aunque nobles, son atrevidas y audaces: su edad, la del rostro apenas cinco lustros la señale; más se presume en razón que de siete lustros pase.	105
Su amiga es joven y hermosa, tan sencilla, tan amable que acaso sirvió en sus sueños al pincel de Miguel Ángel para sus vírgenes bellas, de tierna y divina imagen.	110
-«¿Y dices tú, dulce amiga,» la preguntó con donaire la niña de azules ojos a la dama, «qué le hablaste a ese señor don Gonzalo, por primera vez en Flandes?»	115
-«Camila, sí.» -«¿Por qué lloras? ¿Es, Lucrecia, inconsolable	120
	125

tu dolor? ¡Poco en mí fías pues me ocultas tus pesares! Si ellos no admiten remedio no busco yo remediarles,	130
que hay penas en que el llorar es lo que más satisface. Pero al menos, ya que sé que te lastiman tus males,	135
quiero mezclar mis suspiros con el clamor de tus ayes.» La estrechó entonces Lucrecia contra su seno oscilante;	140
y no quedaran aquí de su afecto las señales, a no reparar las gentes que se paran a observarles.	145
Que aunque buscaron de intento el más oculto paraje, y de la fiesta y bullicio, el que hallaron más distante,	150
como es noche de verbena fluctúan por todas partes las parejas y los grupos, de las danzas populares.	155
Y es tan crecido el tropel, que embaraza lo bastante para tener por estrechas las anchas extremidades	160
del soto ameno y frondoso; y para que así se ensanchen, como las olas de un mar, a límites tan distantes	165
de la sagrada capilla de S. Antonio, al que aplauden, y por quien es la verbena, la concurrencia, y los bailes.	170
Son tan añeja costumbre en ciertas festividades, a guisa de romería, estos campestres solaces,	175
que en ellos lo más florido de la corte se distrae. Jamás se falta a lo honesto en punto de libertades,	
las bellas damas platican con los garridos galanes; el rebozo no embaraza, ni se torna por ultraje,	
que los que no se conocen allí se miren y se hablen.	

Las dueñas allí no acechan, ni son espías los pajes, que el campo y la noche dan extrañas seguridades.	180
Y como no hay atrevidos que el mudo recato asalten, se admiten cortesánias, sin responder con desaires; y requiebros, y los dulces, del primero que los mande.	185
Y así, excusando algún duelo entre donceles rivales, (lo que mención no merece, donde los hay tan amantes, y haber cursado los más en las escuelas de Marte, donde aun les cabe por gala hacer del valor alarde.)	190
Jamás tamañas licencias causaron temeridades.	195
Y el no encontrar, con las damas quien se atreva a propasarse, es que acaso les contenga, que haya tantos capitanes, caballeros tan cumplidos, que no excusaran mil lances por vengar en los villanos sus licencias y desmanes.	200
Pusiéronse en pie las damas, y con lentos pasos graves, tomaron por el camino que al campo <i>del Moro</i> sale.	205
La confusión de las gentes, la variedad de los trajes, ni una mirada las roba ni de su andar las retrae; y eso, que son tan vistosos que causa hechizo mirarles.	210
Sombreros de larga falda, con retorcidos plumajes, anchas valonas caídas sobre los coletos de ante.	215
Ya capotillos airosos ferreruelos y gabanes: ya capas de inmenso vuelo que hasta sus espuelas caen.	220
Botas de fieltro con vueltas, en casi la mayor parte; y medias de mil colores lazos, cintas, alamares:	225

cruces de ser caballeros, a medio codo los guantes, y asomando por el cinto del puño los gavilanes,	230
todo esto da a los hidalgos cumplido y marcial realce. Las camisolas rizadas, de las damas, los encajes de las golas, que en cañones	235
sin que su cuello embaracen forman un blanco dosel en que sus rizos descansan, que en trenzas cortas les cuelgan partidos en dos mitades;	240
jubones acuchillados, petos de punta adelante sendas sayas de Cambray, tocas tan largas que arrastren, negras porque entre ellas más	245
su blanca color resalte, completan de aquella escena, el movimiento incansable, y del cuadro pintoresco el mágico paisaje.	250
La campana de la ermita da las seis. Luces errantes van de pronto apareciendo, entre los verdes ramajes de los troncos populosos,	255
de que cuelgan los cristales de los pintados faroles que las luminarias traen. Puéblase el campo de luces, y el crepúsculo agradable	260
va enmarañando las sombras porque alumbren más brillantes. De pronto se oyen ruidosos, confusos gritos mezclarse, y un eco formaron ronco	265
que turbó la paz del valle, «¡Fuego! ¡Fuego!» -Otras cien voces lo repitieron distantes. La campana de la ermita tocó a rebato; y voraces	270
poco después ya las llamas sobre la techumbre salen. En aquel punto, cruzaban tan cerca de sus umbrales, las dos damas, que por fuerza,	275
bajo sus mismos pilares	

el gentío que avanzaba,
 las obligó a refugiarse.
 A poco tiempo, observaron
 que un doncel de buen semblante, 280
 mozo en años, bien dispuesto,
 vigoroso, atento, y ágil,
 una mujer desmayada
 sobre sus hombros de Adlante
 sostenía, procurando, 285
 cual rauda y velera nave
 que rompe las rudas ondas
 de los tormentosos mares,
 traspasar aquel tropel
 de la turba innumerable. 290
 Le vio Lucrecia al pasar;
 y creyendo desmayarse
 apoyó en su tierna amiga
 la pálida sien. -«¡Ah! ¡infame!»
 (Gritó con furia.) ¿Le ves? 295
 ¡Es Federico!... ¡Es su amante
 sin duda! -Es verdad; es tu hijo.
 -¡No, Camila; no le llames
 hijo mío! -¿Cómo no?
 -¡Cómo es hijo de otros padres! 300
 ¡Mas ah! sigamos sus pasos,
 si no quieres que me mate
 el pesar: que ya sabrás
 historias ¡ay! que te pasmen.

- II -

Don Juan, don Luis, ¿qué he de hacer? 305
 Aconsejadme por Dios;
 si amigos me sois los dos
 ampararme es un deber.
 -Federico, bien seguro
 de nuestra amistad os veis; 310
 y pruebas grandes tenéis
 de que es franca: os aseguro,
 que mi opinión es volverla
 a sus padres, y aliviar
 de esta manera el pesar 315
 que habrán sentido en perderla.
 -Lo mismo imagino yo.
 -Don Luis, en vano. -¿Por qué?
 -Mil cosas la pregunté
 y a nada me respondió. 320
 Llegando a tanto el dolor
 de la infelice señora,
 que a un nuevo desmayo ahora
 quedó rendida, y mayor.

-Pero, ¿y nada habéis sabido
de sus padres? -No, don Juan. 325
-¿Ni averiguó vuestro afán
tampoco donde ha vivido?
-Ni aun ella misma lo sabe,
pues es aquí forastera: 330
ayer llegó. -¡Quién pudiera
remediar lance tan grave!
-Lo que sí puedo deciros,
que postrada al accidente
hablaba lánguidamente 335
entre quejas y suspiros;
y sea delirio, o sea
que en él pensaba, ¡ay de mí!
Dos veces, «Guevara» oí,
y después «Lope de Urrea.» 340
-Un don Gonzalo Guevara
servía en mi regimiento.
-Guevaras conozco ciento.
Esto el empeño no aclara.
-El caso es que una doncella 345
joven hermosa y honrada,
se encuentra en una posada;
y un mozo, y doncel con ella.
Y que es tan fácil manchar
de la honra el limpio crisol, 350
como difícil al Sol
su lumbre hermosa apagar.
Mi edad, mi genio vehemente,
y aun mi marcial profesión,
darán mayor ocasión 355
a ese vulgo maldiciente.
En fin que si aquí se hospeda
dirán la dejo afrentada:
y que su fama de honrada
sobre mi lecho se queda. 360
-Si no sabéis donde mora,
ni si tiene deudo o padre,
¿qué otro medio habrá que os cuadre?
-Eso es lo que el alma ignora.
-Y aunque la llevarais ya 365
a encomendarla al Mayor
de nuestros tercios, su honor
no por eso ganará.
Pues no será menos cierto
que en vuestro lecho durmió, 370
y que un Doctor la sangró.
-¡Gracias a él que no haya muerto!
¡Mas ah! debí preferir
que expirase... -¡No, no amigo!

-A que la viese un testigo... 375
 -Un testigo, que a decir
 la verdad, sólo dirá,
 que os vio asistirle en efeto,
 y que le admiró el respeto
 con que la hablasteis. -¡Quizá! 380
 Mas, confesad fue imprudencia.
 ¿No es verdad, don Luis? -Yo no
 la tengo por tal. -Ni yo;
 si no precisa asistencia,
 fue entonces imprudente acaso 385
 quien por salvar una dama
 desmayada, entre la llama
 se abrió con valor el paso,
 con tal riesgo de su vida,
 que aunque la ayudó tan luego, 390
 ¿quedó ceniza del fuego
 su toca ya consumida?
 -¡Es verdad: don Juan, don Luis
 cual mi dolor consoláis!
 ¿Mi proceder disculpáis? 395
 -Sin razón os afligís.
 ¿Largo tiempo no estuvimos
 junto a la ermita esperando
 que la vendrían buscando,
 hasta que al fin, conocimos 400
 que era exponerla a la muerte
 prolongar ya mayor rato
 el convulsivo arrebató,
 de un parasismo tan fuerte
 pues si todo esto es verdad, 405
 vivid con ella tranquilo;
 que en prestarla un noble asilo
 no afrentáis su calidad.
 Y además, sin que esto pase
 ni aun a consejo siquiera; 410
 y si tanto os condoliera
 que su honor se mancillase,
 bien sabéis por cosa llana
 que hay reparación vistosa,
 con llamarla vuestra esposa: 415
 Federico, hasta mañana.

- III -

Son las diez del otro día,
 y aún el rumor de la fiesta
 se escucha del Manzanares,
 en las frondosas riberas. 420
 Mas ya la gente cansada
 de pasar la noche en vela,

mustia, ojerosa, y rendida,
 forma dos anchas hileras
 al retirarse en tropel 425
 por el largo de la cuesta,
 que por nombre inmemorial
 se llama la de *la Vega*;
 donde el cubo ennegrecido
 de un corto lienzo de almena 430
 la imagen de aquella virgen
 soberana representa,
 que ahuyentó de la morisma
 las escuadras altaneras.
 La ermita del Santo, está 435
 casi la mitad por tierra;
 Y aún las quemadas paredes
 en los montones humean.
 Junto a los negros escombros,
 solos dos hombres pasean; 440
 y alguna vez sus miradas
 entre furiosas y tiernas,
 se clavan por un momento
 en aquel montón de piedras,
 cual si pensarán hallar 445
 alguna reliquia entre ellas.
 El traje que visten, es,
 de personas de gran cuenta,
 según dicen los aromas
 de sus guantes y melenas, 450
 y según reluce el oro
 de los pinchos de su espuela.
 Ancianos son; y uno de ellos
 acaso demás lo sea,
 pues el peso de los años, 455
 rinde su blanca cabeza,
 que escasa de nobles canas
 sobre el colete se asienta,
 hasta que impide la barba
 que más adelante venga; 460
 semejando un tronco añoso
 que ha encorvado la tormenta.
 El otro es fiero y erguido,
 y su porte y gentileza
 desmiente el rugoso sello 465
 de su frente macilenta.
 Altivo levanta el rostro
 como haciendo alarde muestra
 de dos ojos, que aunque ocultos
 bajo sus pobladas cejas, 470
 fingen dos vivos volcanes,
 que entre nieve centellean.

Azules son, por formar
 armonía más perfecta
 con la color sonrosada 475
 de sus mejillas aún frescas.
 Dos horas van de silencio,
 y dos horas que no cesan,
 de recorrer los escombros,
 y de mirar sus arenas; 480
 y en tan rara suspensión
 ignoro cuanto estuvieran,
 a no llegar un soldado
 y entrégales una esquila.
 El más anciano, leyó, 485
 del sobre escrito las señas.
 «De una amiga, a don Gonzalo
 de Guevara, Artel y Urrea.»
 Recorrió con avidez
 las breves líneas que encierra; 490
 prosiguió de esta manera.
 «El ser Urreas los dos
 me hizo tomar la licencia
 de ver la carta, sin ver
 que a don Gonzalo es la muestra, 495
 pero me huelgo ser ya
 quien os dé tan buenas nuevas,
 y exijo de vos albricias
 por las que a mi parte quepan.
 Vive Eloísa. -¡Es posible! 500
 -Con un doncel se aposenta;
 y aseguran que la trata,
 con respeto y con decencia.
 -Ah señor, dejad al menos
 que alguna lágrima viertan 505
 estos ojos, ya que tantas
 mi fiel corazón anegan.
 Gracias, mil gracias os doy.
 ¡Quién duda de Dios blasfema!
 -¡Sí, don Gonzalo; no falta 510
 al triste la Providencia!
 Ahora preparad el alma,
 don Gonzalo, toda entera,
 para aposentar su dicha,
 y aun dudo que la contenga. 515
 ¿Conocéis una señora
 de Sevilla? -¡Ah... sí! -¿Lucrecia?
 -Ese es su nombre, don Lope.
 ¿Y esta carta? -Es cierto, es de ella.
 -Dadme. -Tomad, y advertid 520
 si es vuestra dicha completa.
 -¿Cómo? ¡Mi hijo! ¡mi hijo amado,

me prometen que le vea,
 y que hoy mismo, entre mis brazos
 le estrecharé con terneza! 525
 Corramos, señor, corramos,
 porque temo de mi estrella
 según fue siempre enemiga,
 que dejó de serme adversa
 porque al darme un desengaño 530
 me mate así más apriesa.
 Este hijo amado, fue el fruto
 de mis pasiones primeras;
 el que he llorado perdido
 desde que nació a la tierra: 535
 ¡cuyo recuerdo alentaba
 mi entusiasmo en la pelea;
 por quien estimaba tanto
 mis títulos y riquezas!
 Como era hijo natural, 540
 me instaba aun más la conciencia
 a que pagase en el hijo,
 lo que le resté por deuda
 a su madre, en no elegirla
 por mi esposa, y compañera. 545
 Mas ya sabéis se terció
 de mi amor en competencia
 aquel alférez francés;
 y aunque se quedó en sospechas,
 para un hombre como yo 550
 bastaba sólo tenerlas.
 Cesaron nuestros amores,
 partiose altiva y resuelta
 aquella mujer llevando
 el fruto de nuestras penas, 555
 sentida en que la ofendí
 cuando dudé de quién era.
 Y aunque después procuré,
 sin excusar diligencias,
 averiguar su retiro, 560
 se ocultó de tal manera
 que aun me ha dejado, ¡ah cruel!
 ignorar de su existencia.
 Llegando a tan alto punto
 su energía o su soberbia, 565
 que algunas cuantiosas sumas
 que giré sobre Venecia
 (pues sospeché que en su patria
 acaso algún deudo tenga,)
 a su nombre, con el fin 570
 de prevenir su miseria
 a favor de un Federico

he sabido dejó impuestas
 en el banco, y sin tocar
 ni un escudo de las letras. 575
 ¡Y acaso ese Federico
 será la perdida prenda
 de un amor que quince inviernos
 en mi corazón no hielan!
 Don Lope no creo en esto 580
 que vuestro respeto ofenda,
 pues de caberos mancilla,
 me cabría a mí la misma.
 Dígolo porque ya somos
 deudos los dos tan de cerca, 585
 como lo está el que es esposo
 de la inocente hija vuestra.
 Que aunque no hace un sol cumplido
 que nos enlazó la iglesia,
 y aunque a poco de ser mía, 590
 nos sucedió su tragedia;
 corre ya vuestro apellido
 con el mío de mi cuenta.
 -Don Gonzalo, vanas son
 aquí excusas ni protestas. 595
 No puede extrañarle a un padre
 de otro padre la flaqueza;
 y yo por mí, os aseguro
 que en extremo me interesa
 hagáis legítimo al hijo, 600
 por acallar la conciencia.
 -¿Y Eloísa que dirá?
 -Es mi sangre. -¡Que grandeza!»
 A largo paso subieron
 del Alcázar por la senda 605
 que cruza el campo del Moro
 al cubo de la Almudena.

- IV -

Perdón, Señora, perdón.
 -¿Por qué no me ha herido un rayo
 si el volver de mi desmayo 610
 es por ver mi perdición?
 Caballero fementido...
 -Señora. -De ruin linaje;
 ¡no valía tu hospedaje
 mi pobre honor que has perdido! 615
 Dejárasme allí morir,
 inocente y desdichada:
 ¡porque vivir afrentada,
 me es imposible vivir!
 ¡Noble hazaña de un león, 620

esperar a que durmiera
 la tierna y blanca cordera
 para herir su corazón!
 ¡Ay de mí! ¿sabes quién soy,
 y que esta pobre mujer, 625
 la más venturosa ayer
 es la más infeliz hoy?
 -Nada sé, sino que os vi:
 y en mal hora debió ser
 pues en tus ojos ayer 630
 alma y sentidos perdí.
 ¡La soledad, el secreto,
 tu hermosura y la ocasión
 triunfaron de un corazón,
 que era noble, lo prometo! 635
 ¡Pero fue débil contigo,
 por mengua y desdicha mía;
 mi conducta ha sido impía,
 y yo también la maldigo!
 Y si deseas vengar 640
 la amargura de tus penas,
 con la sangre de mis venas
 yo te la quiero comprar.
 ¡Mas si otro remedio alcanza,
 que yo tendré a gran favor, 645
 concédeme de tu amor
 la lisonjera esperanza!
 Mi vida te sacrifico;
 a tus pies quiero expirar
 si rehúsas perdonar 650
 a un esposo en Federico.
 -¡Imposible! ¡ah! ¡desdichado!
 -Soy aunque hijo natural,
 caballero principal
 que en la lid me he conquistado 655
 un nombre que no tenía,
 y un blasón en mi cuartel;
 ¡en cuanto a adorarte fiel
 no haré mucho, hermosa mía!
 Respóndeme; ¡sí, por Dios! 660
 ¿Quieres seguirme al altar?
 -¡Cielos! ¿No oíste llamar?
 -Un golpe han dado: ahora dos.
 -Ya suben. Pienso que sí:
 ¡y aún de armas se escucha el ruido! 665
 -¡Cielos! ¡Él! -¿Quién? -¡Mi marido!
 -¡Su marido! ¡La perdí!

que me aterra vuestra vista:	
¡que sois el ángel del mal	670
que se goza en mis desdichas!	
-Federico, cesa, cesa,	
que te enfurecen tus iras;	
y el hacer llorar un alma	
tan débil como la mía,	675
no es de tu buen corazón	
empresa gloriosa y digna.	
-¿Pero qué te hice, mujer	
para que así me persigas?	
¿Por qué te gozas en ver	680
que he perdido mi Eloísa?	
Y lo que es más, ¿por qué fuiste	
tan cruel, tan mi enemiga,	
que el que lo avisó a su esposo	
fuiste, señora, tú misma?	685
¿Eras tú la que por madre	
me hiciste adorar un día?	
¿La que los sueños dichosos	
de mi inocencia tranquila,	
llorando junto a mi cuna,	690
en amorosa vigilia	
guardabas con tierno afán,	
temerosa por mi vida?	
¿Fuiste tú la que en tus brazos	
entre amorosas caricias	695
puras, porque entonces lo eran	
las que yo te merecía,	
hiciste apuntar el bozo,	
con tus hermosas sonrisas	
sobre mis labios de niño	700
que tu nombre bendecían?	
¡No, no eres tú, por desgracia,	
la sensible y dulce amiga	
que gravó en mi corazón	
de la virtud las semillas!	705
¡Sin duda que sueños son	
de mi loca fantasía,	
aquellos tiempos perdidos	
de tan sublimes delicias!	
Que como sueños felices	710
tan brevemente se olvidan;	
y como en la edad del niño	
la ilusión todo lo anima;	
por eso el que la recuerda	
la recuerda tan divina,	715
mas no puede asegurar	
si fue verdad o mentira.	
-¡Federico, ah! Federico;	

no sabes cuánto lastiman el alma de una mujer las quejas de la injusticia. Todos esos que recuerdas sueños de glorias perdidas, fueron verdad, como son verdaderas tus perfidias.	720
Si gozas en que otra vez los azares te repita de mi historia desdichado, gózate pues en oírla. Sabes que noble nací,	725
mas los cielos de Sevilla dieron un alma de fuego en el cuerpo de una niña. Las guerras de Flandes, fueron pronta ocasión de mi ruina,	730
pues me robaron mi padre. Huérfana, pobre, sin guía, entregué mi corazón a la ventura. Benigna	735
dispuso entonces mi estrella, que fuese un hombre de estima, don Gonzalo de Guevara y Urrea, en la infantería española capitán,	740
quien con honrosa hidalguía de mí se compadeciese alzándome tan arriba, que ya iba a hacerme su esposa aunque para él tan indigna.	745
Celos injustos causaron desazones imprevistas; y el orgullo en las mujeres, que es planta que no se inclina cuando injustamente hollado	750
por tierra se les derriba, me decidió a separarme de sus recelos sentida, aunque era madre, y aunque era aquella ocasión propicia,	755
para esperar que su mano legitimase cumplida el fruto de unos amores que dieron flor entre espinas. -Lucrecia, Lucrecia, y bien,	760
¿soy yo ese hijo? ¡ah! No prosigas sin descifrarme aquí mismo tan interesante enigma. -Ofrezco decirlo, sí.	765

-Pues a que aguardas remisa.
Una palabra te basta, 770
una sola: ¡dila!... ¡dila!
-¡Federico! -¡Ya conozco
que no lo soy! ¡No querría
una madre ver el ansia
que mi pecho martiriza! 775
Estas lágrimas ardientes
en su seno caerían,
y ahogaran su triste voz.
¡Oh! ¡que el cielo te maldiga!
-¡Maldecirme! ¿por tu boca? 780
Esa sentencia retira,
¡por Dios! ¡por mí, Federico!
¡Por tu madre! -¿Me suplicas?
¡Sí: levanta: ha sido injusta
mi cólera; ha sido impía! 785
¡Yo maldecirte! ¡Jamás!
Mas consiente me despida.
-Espera. -¡Esperar! ¿lo mandas?
Obedezco todavía:
porque no he de darte causa 790
para que ingrato me digas;
y porque la vez postrera
ha de ser... Toma una silla.
-No intento cansarte más
con mis querellas prolijas; 795
ni con engaños tampoco
merecer tu idolatría.
¡No soy tu madre! -¡Ah! ¡Lucrecia!
-Por esto no soy indigna
ni me avergüenzo tampoco 800
del cariño que me inspiras.
Yo he besado tus melenas
cuando en mis brazos dormías,
y han calentado mis ayes
tus macilentas mejillas. 805
Yo me he gozado en formar
tu generosa alma altiva,
y en fecundar tus talentos
con todo cuanto sabía.
Tú has sido mi amor, mi orgullo; 810
y el que fueses maravilla
de otras madres, el anhelo
que mis sueños embebía.
Con la edad y con los años
que ocasionan la malicia, 815
juzgué que era más que amor
mi maternal simpatía.
Temí sondar en el alma

la oculta y tremenda herida recelosa de encontrar añejo el mal que la excita. Sí, Federico, mi afán, era un amor que encubría bajo el velo de la madre una pasión homicida.	820 825
Tú eras libre; mi esperanza por no morir tan aprisa esperó, y siguió esperando, hasta aquella de agonía noche horrenda, en que te huiste de mi casa, y en las filas de los tercios españoles que en Italia combatían, te enganchaste; ¡prefiriendo la muerte atroz en la liza,	 830 835
al amor de una mujer que por tu madre tenías! Si la razón saber quieres de hallarte en mi compañía, fue morírseme aquel hijo en cuyos ojos vivía; y procurando calmar mi pesadumbre excesiva tu madre. -¿Mi madre? -Sí. Pobre, aunque honesta y sencilla, casada con un soldado muerto en las guerras de Hungría.	 840 845
-¡Padre mío! ¡Ah! sí, Lucrecia, sólo nombrarlos me alivia. ¡Lucrecia! ¡Dios poderoso por su memoria os bendiga, y por el bien que causáis al huérfano! -¡Se moría vuestra madre, y preveyendo en mis ojos que os pedían, para consuelo en mis penas, os colocó en mis rodillas, y a poco expiró! -¡Ah! ¡mi madre! ¡Yo buscaré tus cenizas!	 850 855
-Fueron tan fácil remedio a tornarme la alegría tus inocentes cariños que ocultando no existía mi propio hijo, en su lugar te hice pasar a la vista del mundo; creyendo ya que la fama ilustre, antigua, los títulos y riquezas	 860 865

del de Urrea, servirían más tarde a recompensar el mucho bien que me hacías. Cuando sospeché mi amor, dejé de darle noticias de tu existencia, pues ya fuera infame la falsía.	870 875
Ahora que ya mi relato y tu impaciencia terminan, quiero prevenir excusas aunque tú no las admitas. Supe que a Madrid, los tercios de Italia al fin se volvían, y por gozarme otra vez en tu frente peregrina, vine a la corte también.	 880 885
Del santo la romería, me hizo ver tu noble arrojo con la dama de la ermita; seguí tus pasos celosa... Y aquella carta fue escrita. Mas pesándome después de que mi mano te aflija, a don Gonzalo añadí que a su hijo en Madrid vería.	 890 895
-Cómo ¿juzgasteis, señora, que ayudara a una perfidia? -¡Ahora no, porque ya sabes que su sangre no te anima; antes sí, porque jamás juzgué que tanto sabrías! -¿Tenéis que decirme más? -Que si a matarme no aspiras, le prometas un recuerdo, y una lágrima perdida a la más triste mujer, que a tu amor se sacrifica.	 900 905
-¡Una lágrima!... ¡un recuerdo! Sí, Lucrecia, mientras viva.	

- VI -

-Don Lope, demandas tales, entre buenos caballeros sólo a las armas se dejan.	910
-Razón tenéis, lo confieso. -Caviloso vais, señor. -Pues no es por falta de aliento, que os fio de mí, dejaros bien airoso en el empeño.	 915
Y aun a deciros verdad,	

jamás he salido a un duelo haciendo el triste papel de padrino o de tercero.	
Y sabéis lo que he pensado que dos a dos batallamos, si no desaira el contrario el medirse con un viejo.	920
¡Que hasta eso alcanzan los años, y es que a cuenta del respeto por flacos nos desestimen esos bisoños mancebos!	925
-Por parte de Federico ¿quién es el padrino? -Entiendo que un don Juan de Castañeda.	930
-Sí, un alferez de los tercios. -Muy su amigo, y según dicen sabedor de sus excesos.	
-Basta esa razón y sobra para quitarle de enmedio.	935
-Os juro por esta cruz del hábito, que en mi pecho está mostrando, que nunca he quebrado un juramento, que de solo a solo, a cuantos conocieren del suceso	940
he de sacar a campaña hasta contarles por muertos. ¡Qué, vivo yo, no dirán que hay voces que escuchar temo porque me pueden poner mi baldón de manifiesto!	945
Por vuestra parte, don Lope, habéis quedado bien puesto, tomando tan sobre vos de mi venganza el acierto.	950
Y lo que estimo, de más a todo encarecimiento, es de mi esposa Eloísa el proceder tan sincero	955
en confesaros ingenua, su vergüenza y vilipendio; y de la grandeza vuestra el generoso consejo	
de enviarla entre mis brazos a llorar sus sentimientos.	960
Si no la quisiera aún más, tendríame yo por menos, en no saber lo que vale tan puro desprendimiento	965
de sí misma, en exponerse	

a mi odio y menosprecio, por no dejar de ser franca con el que eligió por dueño.	
Vamos al campo, don Lope, que me aguijan los deseos de lavar con sangre infame tan villanos desaciertos.	970
-Muchas veces he pensado que en el honor no era cuerdo, ni de sus leyes sabía quién lo fió a los ajenos.	975
Pues basta una lengua impura para afrentar nobles pechos; y un traidor para acabar con el honor más entero.	980
Pudiendo mas la falsía, la ocasión, y el fingimiento, la injusticia, en fin, que puede un corazón siempre recto.	985
-Vamos al campo, don Lope; que acaso tarde llegamos.	
-Cortárame entrambas piernas, según me sirven de peso.	
Este don Gonzalo es ya el prado de Recoletos.	990
-¿Y no advertís que dos sombras se pasean a lo lejos? ¡Ellos serán, según late mi corazón! -Sí, son ellos.	995
Acercáronse, y los hombres que esperaban encubiertos. Se aproximaron también para acortar los rodeos.	
Sus cortesanos saludos fueron breves, y en silencio.	1000
Concertaron dos a dos el desafío, y resueltos desenvainaron los cuatro los fulminantes aceros.	1005
A los primeros fendientes que retumbaron los ecos, escuchan varias pisadas presurosas a su encuentro, y dos damas encubiertas con las tocas hasta el suelo	1010
-por medio de las espadas, ligeras se interpusieron. Dicen si vio Federico al través del manto espeso, los ojos de una mujer	1015

que ama y aborrece a un tiempo:
 lo que no le queda duda
 fue que en ademanes tiernos
 explicó frases cortadas 1020
 a don Gonzalo en secreto,
 que de su rabia furiosa
 los ímpetus detuvieron.
 Siguiose un corto coloquio;
 desapareció la del velo; 1025
 habló después don Gonzalo
 a don Lope con misterio,
 y a poco se adelantaron
 a sus rivales suspensos.
 «Federico,» prorrumpió, 1030
 con entrecortado aliento
 el capitán, «imposible
 es que el lance terminemos.
 El ofendido fui yo;
 yo me doy por satisfecho. 1035
 Que no excusará un delito
 otro mayor y más fiero.
 ¡Acaso pronto sepáis
 el delito horrible, inmenso,
 que por ser en daño mío 1040
 os consintió el alto cielo!
 -Mirad que un error... presumo...
 si os engañan. -No, no puedo
 en sangre propia saciar
 la sed de mi enojo ciego. 1045
 Y por ahora, basta. Adiós.
 ¡Que aun, otra vez nos veremos!
 -¡Quiera Dios, (dijo a don Juan
 el buen Federico, al verlos
 alejarse) que aquí no haya, 1050
 algún peligroso enredo!
 Y de deberse aclarar
 más tarde, ¡pardiez que siento
 no haber muerto ya a sus manos,
 porque sé que lo merezco!» 1055
 Calló don Juan, y dejaron
 después el Prado desierto.
 Aún no serían las cuatro,
 pues aún no iba amaneciendo.

- VII -

Sigamos en su carrera 1060
 a las presurosas damas,
 que cual raudos torbellinos
 cruzan con rápida planta
 el Prado de Recoletos,

y la calle extensa y ancha que atraviesa por el Carmen, y que comunica entrada a la otra bien conocida del Caballero de Gracia.	1065
En frente del oratorio que a su imagen se consagra, se detuvieron mirando los jeroglíficos y armas que aparecían pintados en la pared de la casa.	1070
Sin duda se aseguraron de sus temores entrambas, y convencidas de que era aquella la que buscaban, entraron en el portal con entera confianza.	1075
Ricas alfombras, tapices adornan la hermosa sala a donde pasar las hizo un criado sin tardanza.	1080
Que en aquel tiempo dichoso, aún los criados usaban fino agasajo y buen modo, con sólo ver tocas largas.	1085
Su nombre las preguntó con humildad cortesana, o de su visita el fin. Aparecieron turbadas, sin saber que responderle:	1090
mas le replicó en voz baja, una de ellas: «Si excusando el ser aún tan de mañana, podría doña Eloísa Urrea Urtel y Guevara, dar audiencia a dos señoras, sobre un lance de importancia.»	1095
Apenas el paje oyó la suplicante demanda, se retiró; y en el tiempo que ocasionó su tardanza, entre sí con voz medrosa cambiaron estas palabras.	1100
«¿Qué intentas? -¿No lo adivinas? Federico sabes la ama con delirio. -¿Y bien? -Y sabes, que es tan loca su arrogancia que aunque se lo he suplicado de rodilla, ante sus plantas, y he abrasado sus dos manos	1105
	1110

con el fuego de mis lágrimas,	1115
jamás quiso consentir	
en dar remedio a las ansias	
de don Gonzalo, fingiendo	
que es el hijo que idolatra.	
Mucho más, cuando su vida	1120
en riesgo inminente estaba	
por el desafío a muerte	
que exigió para venganza	
de su honor, el don Gonzalo,	
y que yo impedí con maña.	1125
-¡Con efecto, a Federico	
la muerte poco le espanta	
ni aun con tenerla tan cerca	
y su dicha tan lejana!»	
Volvió el paje, y las condujo	1130
pasando muchas estancias	
a un gabinete ochavado,	
rico en pinturas y estatuas	
de los más diestros artistas	
de Roma, Flandes, y España.	1135
En un sillón de respaldo	
está Eloísa sentada;	
las acogió sin cumplido,	
con nobleza y elegancia.	
Acercó el paje dos sillas,	1140
cerró la puerta dorada,	
y sus velos levantaron	
las misteriosas tapadas.	
Un rato hablaron sus ojos,	
en un momento de pausa,	1145
en que recíprocamente	
escudriñaron sus gracias;	
no de otra suerte, que atento	
antes de entrar en campaña	
un buen general, calcula	1150
sus fuerzas y las contrarias.	
Rompió el silencio Lucrecia	
con voz trémula aunque clara.	
«La licencia perdonad,	
bella Eloísa; y la causa	1155
de la molestia, disculpe	
nuestra libertad extraña.	
-Nada tengo que excusaros.	
-Venir tan de madrugada	
es doble incomodidad	1160
que nos disgusta, y enfada	
teneros que ocasionar:	
mas el honor no repara.	
-Señora, os ruego que habléis,	

y advirtáis que no me cansa vuestra amable compañía; antes bien, sin que esto valga por lisonja, pues no sé lo que son lisonjas vanas, tan sentida es vuestra voz	1165 1170
y penetra tanto el alma, acaso porque los tristes se adivinan en el habla que os aseguro que encuentro cierto alivio en escucharla.	1175
En cuanto a ser importunas por venir antes del alba, nunca es pronto para aquella que en la noche no descansa, y que ve rayar sus luces sollozando y desvelada;	1180
¡y deja el lecho desierto, y en este sillón la aguarda! Mas decidme a que venís, que las horas van con alas.	1185
-¡Sí; un momento que se pierda puede hacernos mucha falta! Don Gonzalo, vuestro esposo... -¡Cielos! ¡alguna desgracia!	
-Hermosa Eloísa, no; por ahora no temáis nada; aunque no ha muchos momentos que en un desafío. -¡Ah! ¡infausta y enemiga suerte mía!	1190
-Sus fulminantes espadas pudo suspender a tiempo mi constante vigilancia. Mas acaso nuevamente los enemigos se aplazan.	1195
Si vos no favorecéis mis intentos. -Sí, me basta para ayudarlos, saber que de mi esposo se trata.	1200
-Vos, Eloísa, ¿ignoráis de una dama sevillana sus primeros amoríos?	1205
-Sí; los sé. -¡Tú eres! -Acaba. -El arbitrio que encontré para derrocar su saña, fue hacerle creer que el hijo	1210
por quien en sueños rezaba, era el mismo a quien quizá rasgaría las entrañas en aquel sangriento duelo	

a que feroz se lanzaba. 1215
-¿Mas di, es su hijo? ¿Lo es, Lucrecia?
-Eloísa, no. -¿Me engañas?
-¡Os lo juro por su vida
ante la imagen de plata
que lleváis de ese collar 1220
pendiente de la garganta!
¡Murió nuestro hijo! Ese joven
no pertenece a su raza.
-¿Y cual será el resultado
de ayudar esta falacia? 1225
-Sólo el que vos consintáis
en que con él se repartan
algún día vuestros bienes
como herencia necesaria;
ese todo el mal será. 1230
Los bienes, que en quieta holganza
podáis del hidalgo esposo
al besar las nobles canas,
gozaros era que vos sois
el ángel que se las guarda. 1235
¡Poder estrechar sus manos
sin mirar las rojas manchas,
que de un torpe asesinato
y sacrilegio resaltan!
-Sí, consiento: en todo, en todo. 1240
Ahora bien, decidme franca,
qué debo hacer. -Escuchadme.
El joven os idolatra,
una orden vuestra será
para él religiosa y santa. 1245
Mandadle que no declare
jamás su nombre o su patria,
y que consienta en pasar
por aquel hijo que aguarda
con tanto afán don Gonzalo, 1250
y que nunca el pobre abraza.
Se lo he suplicado yo,
y lo tuvo por infamia.
Si vos no lográis rendirle,
y en su error le desengaña. 1255
-¡Morirán, sí morirán!
Comprendo su encoco y rabia.
¿Y ese joven tan restado
que ni aun la muerte le arrastra
a confesarse por su hijo, 1260
quién es que tan ciego acata
la voz de una mujer triste?
-Decidme, ¿tenéis constancia,
para saberlo? -¡Lucrecia!

-¿Generosidad os falta
para perdonarle? -¡Ah! ¡Es él!
Perdonarle nunca. Basta.
-¿Lo hablaréis? -No. -¡Por piedad,
por vuestro esposo! -¡Ah! ¡inhumana!
-¡Por vuestra padre! -¿También
por su vida me amenazas?
-Padrino ha sido en el duelo,
y... -¡Ah! ¡Lucrecia tú me matas!
¡Morir mi esposo, mi padre!
-Una voz tuya los salva.
-Sí, que venga Federico.
-¡Dios bendiga virtud tanta!

- VIII -

-Volved, Federico, en vos.
-¿Estabais aquí, don Luis?
-Cuando ahora lo advertís,
turbado estáis, vive Dios.
¿Qué hechizos habéis bebido
en esa cita de amores?
-Fuera de burlas, señores,
que no habléis en eso os pido.
-¡Veis, don Juan, qué aire tan serio!
-Ni es cita, ni fue de amor,
sino un empeño de honor,
en el que guardo misterio.
-¿Qué hay de vuestro desafío
con el señor capitán?
-Por ahora nada, don Juan.
Descansad amigo mío,
que cuidaré de buscaros
en caso de no ajustarse
nuestras penas. -En matarse
no se anda nunca en reparos.
A fe de Luis, que en lugar
de andarme con esos plazos,
a fuerza de cintarazos
yo lo había de zanjar.
¿Han llamado? -Sí, han llamado.
-¿Esperáis a alguien? -Sí espero.
Hablar a un amigo, quiero
de un asunto reservado.
-Según eso, ¿os vendrá bien
que el sitio desalojemos?
-Después, don Juan, nos veremos.
Por aquí, que si no os ven.
-¿Casa tenéis de dos puertas?
Pues no es buena de guardar.
-No tengo que recatar,

por eso están siempre abiertas.»

Por la una juntos salieron
los amigos que le hablaban; 1315
y por la otra puerta entraban
los que a la sazón vinieron.

Era una dama galana,
y un caballero embozado;
don Gonzalo y a su lado 1320
Lucrecia la sevillana.

Imperceptible sonrisa
sobre sus labios notó
Federico, y recordó
su cita con Eloísa. 1325

Y a su memoria trayendo
lo que le exigió llorando,
está en el alma buscando
valor para entrar fingiendo.

-«Federico, ya sabrás 1330
por Lucrecia que es tu madre.
¡Que soy tu infelice padre!
¡Infelice por demás!»

Lucrecia al ver su tardanza
en responder, se pasó 1335
a su lado, y murmuró
«¿Y Eloísa? ¿Y su esperanza?
-Sí, señor, todo lo sé.»

Replicó el joven resuelto,
de su asombro apenas vuelto. 1340
-«¡Olvido y perdón! -Si a fe.
-Tú que cuentas pocos años,
aprende en mi larga edad
lo que amarga la verdad 1345
de tremendos desengaños.

Procura siempre enfrenar
de tus pasiones el vuelo:
¡aprende en mi desconsuelo
lo que hacen ellas penar!

Mira esta pobre mujer: 1350
en premio de que me amó,
mi orgullo la abandonó
con mengua de mi deber.

¡El ser padre que en la tierra
dicen que es el bien mejor, 1355
es el tormento mayor,
para el que oculto lo encierra
en su pecho, sin nombrar
nunca al hijo idolatrado;

porque no halla un nombre honrado 1360
con que poderle llamar!
¡Quién la virtud menosprecia

quién no acata su decoro
 lo paga en eterno lloro!
 ¡Ya lo ves en mí y Lucrecia! 1365
 En fin hijo, que por hoy
 ya este nombre te he de dar,
 para después olvidar
 hasta el nombre que te doy:
 ¡Tú has castigado mi error, 1370
 con el suplicio más fiero:
 yo te le negué primero,
 tú me has quitado el honor!
 ¡Parte, parte a extraños mares;
 pero llévate al partir, 1375
 el consuelo de decir,
 te perdono mis pesares!
 ¡Llévate mi corazón
 pues por más que te acrimino,
 a ti me inclina el destino: 1380
 llévate mi bendición!
 -Señor, mirad no debéis...
 -Joven, le dijo Lucrecia,
 sabéis cuán bella es Venecia,
 a Venecia partiréis. 1385
 Pingües rentas de sus bienes
 os darán cómoda holganza.
 -Sí partiré sin tardanza.
 Bien, Señora, lo previenes.
 -¿Con la condición precisa 1390
 de no vernos nunca más?
 -Sí señor. -¿Nunca? -¡Jamás!
 ¡Te he obedecido, Eloísa!»
 Los tres un grupo formaron
 con sus brazos al ceñirse; 1395
 y sin un *Adiós* decirse
 los tres al fin se apartaron.

- IX -

¡Camila; somos felices!
 ¡Va a partir! ¿Pero qué tienes?
 ¡Habla, Camila; tu rostro 1400
 tan pálido me estremece!
 -Apenas saliste, un paje
 me ha entregado este billete.
 -¿Tan a deshora? ¡Dios mío!
 -Me repitió varias veces 1405
 que era urgentísimo. -¡Ay! triste.
 «Sabréis», (no acierto a leerle,)
 «que todo está descubierto.»
 ¡Virgen del dolor valedme!
 «Mi padre tuvo noticias 1410

de que estuvisteis a verme:
me oyó hablar con Federico,
oculto en mi gabinete.
Eloísa, hija del alma,
me dijo con voz solemne, 1415
¡Dios no permite una infamia
aun salvando a un inocente;
mucho menos por salvar
un seductor vil y aleve!
Sin duda a matarle van 1420
pues requirió de repente,
su tizona de dos filos,
la de los duelos de muerte.
¡Me deja encerrada y sola,
si vos no habéis de valerme, 1425
sólo rezar y gemir
la triste Eloísa puede!»
¡Corramos; Camila a Dios!
La abrazó ardorosamente;
-¡Lucrecia! -¡Mis bienes tuyos 1430
serán... Adiós... Para siempre!
-¡Espera! -¡Vivir no espero,
si mi Federico muere!
Partió frenética al punto,
y la siguió velozmente 1435
la sollozante Camila,
que como a madre la quiere.
La cuesta del *Buen Retiro*
suben con pasos tan leves,
que si pisan es tan poco 1440
que la arena no lo siente.
Al llegar junto al camino
que de Alcalá el nombre tiene,
vieron a un lado luchando
cuatro hidalgos frente a frente. 1445
Dos hondos suspiros lanzan
las dos damas que se pierden
entre el rumor de las armas.
Sus voces las desvanecen
los ayes de los heridos, 1450
los tajos de los que hieren.
Dos solos quedan ya en pie;
y el uno de ellos parece
mal parado, pues el brazo
de una banda se suspende. 1455
Ancianos son, y se abrazan.
¡Los que en el suelo fallecen
son jóvenes: por los años
no ha estado la buena suerte!
-«¡Tarde llegamos! -¡No es tarde,» 1460

y ser sus dominios tantos, sólo encontró en su desgracia doscientos fieles hidalgos, que le ofrecieran dispuestos el corazón y las manos.	15
Pocos son, pero valientes; el ser pocos, no es extraño teniendo don Pedro el rey tan en su contra los hados.	20
Y el ser valientes tampoco, porque sus pechos bizarros, aprendieron de los montes la firmeza y desengaño; porque han bebido en las aguas que esmaltan tan nobles campos, y en sangre leal tiñeron gloriosos antepasados; y porque nunca se olvidan de que su apóstol Santiago, ser adictos a sus reyes eternamente juraron.	25
Ligeros van y ufanosos de probar a sus contrarios los del conde Trastámara, don Enrique <i>el Soberano</i> , la fuerza de su razón, y la razón de sus brazos.	30
Y en poco el número cuentan de los del opuesto bando; que un alma que aliente el fuego del deber y el entusiasmo, bien vale por cien cuchillas de cobardes y menguados.	35
Y que lo son los del conde, pardiez que no hay que dudarlo, pues la sangre generosa del Onceno Alfonso, osados dejan se manche y degrade: y aun el solio, asilo santo donde sólo antiguas razas su nobleza perpetuaron, hoy le ofrecen para silla de un hombre en todo bastardo, pues fue villano en nacer, y en sus acciones villano; ni me acriminen tampoco que le injurio o que le agravio, que es más que villano el hombre que en su propio bien soñando, las víctimas no repara,	40
	45
	50
	55
	60

que condena a su holocausto; ¡ni ve una villa en la sangre, ni aun con ser la de su hermano!	
Al frente de aquellas tropas, en un revuelto castaño, que fuego bebió en las ondas maravillosas del Darro, cabalga un noble doncel, el ardido don Fernando,	65 70
de los mejores del reino, y del linaje de Castro. Privado del rey le llaman, y su alférez en el campo, de los pocos que le asisten en su cámara y estrados.	75
Y a fe que merece en mucho los reales agasajos, el franco y leal carácter de aquel joven toledano;	80
acaso el único amigo del de Castilla, y acaso el que menos hace alarde de su amistad en palacio, Porque piensa para sí,	85
que la lisonja en los labios es para hablar a las damas en festines y saraos; y que una verdad modesta debe sólo el cortesano,	90
rendir respetuoso al trono. Mas a cuenta del recato con que se excusa en lisonjas, y en mil rendimientos vanos guarda en el hondo del pecho	95
un corazón tan postrado, una voluntad tan firme, un sentimiento tan franco de adhesión hacia sus reyes, que la vida con ser hartó,	100
es lo menos que ganoso consiente en sacrificarlos. No desconoce don Pedro lo que vale tal privado, y aun por eso hacia Granada	105
le mandó con los despachos para el rey moro Aliatar, por ganársele a su bando. Gutier Sánchez de Gumilla, caballero zamorano,	110
va a su izquierda; y a su diestra,	

en un cordobés pintado sobre un trapío perlino, de muchos lunares blancos, el mismo Aliatar famoso, a quien supo sin amaños, el doncel, interesar en defensa de su amo.	115
Costeando van la orilla de Guadalmena, que manso sus corrientes allí enfrena, o por gozarse en mirarlos mayor tiempo, o porque puedan en un espejo más claro reflejarse armas, jinetes, banderolas y caballos.	120 125
En tan ameno paisaje los jinetes hacen alto, para dar tiempo a que llegue el grueso de los soldados: que aunque moriscos los más y de Astarot partidarios, no es culpa del rey don Pedro, si los propios le dejaron, que acoja de buena ley los que le acorren extraños.	130 135
De arqueros diestros alarbes y flecheros desmontados, por veinte mil y quinientos le conduce el africano; y de moros fronterizos, y caballeros de rango, hasta dos mil ochocientos de los más determinados.	140
Ya miran del polverío los remolinos lejanos, y densa nube parece que por la tierra rodando, ofusca del sol la lumbre, oscureciendo los campos.	145 150
Ya semejan en tropel, pardas montañas volando que van ciñendo a la tierra de sus tinieblas el manto. Mas al fin se desvanece los cenicientos nublados, y alguna ráfaga errante despide un destello pálido.	155
Ya se disipa la niebla, se multiplican los rayos, y llamas de fuego brillan	160

los almetes y los cascos. Las cimitarras deslumbran, y los pelos de Damasco, y las adargas de Túnez, y el oro de sus brocados, y las colas de sus yeguas en sus pendones listados, y las blancas medias lunas por encima de los lazos.	165
Adufes mil y añafíles sonoros ecos vibrando, marciales himnos confían a los montes y a los llanos. La plata de sus arneses, sus joyas, bandas, brocados, gasas, plumas y colores que en confuso girar mágico entre un vapor ceniciento dibujan del sol los rayos, forman lúcidos cambiantes ilusorios y fantásticos que las potencias embeben en sabrosísimo encanto.	170
Gozoso estaba Aliatar las escuadras contemplando de sus moros triunfadores, y con marcial arrebató, así a don Fernando habló: «Si nos cumple lo pactado el valiente <i>Justiciero</i> , en vano serán, en vano, los impotentes esfuerzos de ese Enrique afortunado; pues al fin se estrellarán en las flechas de mis bravos escuadrones, que a su frente arrojarán los pedazos; y estas huestas son ya sólo un pobre recurso, escaso, de las fuerzas poderosas, y del grueso de soldados que aún desierta el Asia entera dejarán por inundaros con ejércitos furiosos que lleven la empresa a cabo.»	175
El joven le respondió; -«Para cuando llegue el caso deja valiente Aliatar, encarecimientos raros. Con que esos moros que traes	180
	185
	190
	195
	200
	205
	210

no desmayen al asalto; y traigan tantos alientos como flechas y venablos:	215
como justen en la liza, como en la zambra danzaron; y diestros como en sus motes, sean en dar cintarazos, ten por seguro que vienen	220
no digo pocos, sobrados para extirpar de Castilla los enemigos ingratos. Y no por esto presumas que los juzgue yo por flacos, ni por remisos tampoco	225
en el lance de mostrarlo; pues a más de que otras veces solo a solo batallamos, conozco que en el empeño no negarás el amparo	230
por caballero y por Rey a un Rey caballero.» -«Al cabo tus pláticas a ser llegan razonables, que has estado con los míos poco atento,	235
y no mucho cortesano con mi honor: y si alguien tiene ocasión para dudarlo, más bien soy yo de don Pedro; pues son tantos los reparos,	240
con que va nuestras demandas sordamente enmarañando que de su palabra temo.» -«Pues no temas, africano, que no saben nuestros reyes	245
traficar con el engaño: ni los buenos que le sirven, ajustarse al embarazo de peligros y desmanes que ocasionan los engaños.»	250
-«Altivo estás, mas no es bien, que tu voz, joven incauto, de nuestra liga sublime rompa los vínculos santos. A bien que hoy debe firmar	255
las credenciales, si es caso que consiente; y a no hacerlo, sólo se pierde el cansancio de mis tropas, que el volverse después será necesario.»	260
A estas razones llegaban	

de sus coloquios entrambos,
 cuando a la falda del monte
 los moros iban pasando. 265
 En el centro de las huestes,
 y en filas de cuatro en cuatro,
 conducen una litera
 con florones y resaltos
 arabescos, cien eunucos
 poderosos, aunque esclavos, 270
 ¡que sólo en África saben
 sin ser libres, vivir tanto,
 y estribar en sus cadenas
 el solio de sus tiranos!
 Al pasar junto al doncel 275
 las alcatifas alzaron
 de una ojiva portezuela.
 Dicen saludó la mano
 de una hurí tan celestial,
 que aunque la sacó de paso 280
 y envuelta en un alfareme
 delicadísimo y blanco,
 se llevó tras sí los ojos
 de más de algún castellano,
 cual si quedaran sin lumbre 285
 a la luz de algún relámpago.
 Y no falta quien la vio
 romper una flor de un ramo,
 y arrojársela al arzón
 del jefe de los cristianos. 290
 Por fin desfilaron ya
 los tercios mahometanos,
 y en pos de ellos los guerreros
 todo el día caminaron;
 hasta que al fin de la tarde, 295
 antes que el Sol en su ocaso
 entre celajes de fuego
 hundiese el brillante carro,
 a las torres de Montiel,
 almenas y empizarrados 300
 dieron vista: y el vigía
 de la Torre de San Pablo,
 hizo tres veces sonar
 los clarines a rebato.

- II -

En un aposento oscuro 305
 de un torreón del Alcázar,
 dos hombres hay agrupados
 junto a un hogar que se apaga.
 Es el techo abovedado,

y de piedra las murallas,	310
en donde un hueco se ve	
que es o tronera o ventana;	
pero como es una sola,	
y tan angosta y tan alta,	
apenas la luz del día	315
hasta el pavimento baja;	
y aun la que entra va partida	
por los hierros de las barras.	
Un tiempo fue calabozo,	
pero en el año que pasa,	320
y es el de mil y trescientos	
sesenta y nueve, de cámara	
servía o laboratorio	
a un alquimista, que ensaya	
bajo sus negras paredes,	325
los sortilegios y cábalas	
con que sondean las nubes	
los doctos en judiciaria.	
Dos bancos hay sin respaldo,	
tan estrechos que no alcanzan	330
a dar el punto de apoyo	
que requiere el que descansa.	
Sobre una mesa arabesca	
de molduras y hojarascas	
en bronce y acero fino	335
con prolijidad talladas,	
se ven esferas, redomas,	
pedernales y medallas,	
jeroglíficos, compases,	
y pergaminos y mapas;	340
amén de efectos curiosos	
de vetustas antiguallas,	
de hornillos y de crisoles	
por el suelo de la estancia.	
Luz ya no arrojan los cielos	345
porque es de noche, y tan alta	
va que tres horas no restan	
para empezar la mañana.	
Y hasta entonces en verdad	
que no la echaron en alta,	350
pues les sirvió de lumbrera	
del hogar la fogarata.	
Mas como ya sólo brilla	
entre las pálidas brasas	
alguna chispa que al punto	355
desvanecida se exhala;	
apenas un tibio albor	
el reflejo de las ascuas	
al morir entre cenizas	

sobre la frente rechaza,	360
de aquellos dos personajes,	
hombres, espectros, o estatuas,	
que todo pudieran dar	
de imaginaciones causa	
su extraño silencio, y más	365
su inmovilidad extraña.	
Sin embargo se distingue	
que no pueden ser fantasmas	
por los rayos que sus ojos	
entre las sombras derraman,	370
y que hacen patente el fuego	
que les comunica el alma.	
El más joven, que pardiez	
aún siete lustros no alcanza,	
es de ademán caballero	375
y nobilísima traza.	
negras y cortas las puntas	
de su cabello y su barba	
dan a un rostro varonil	
energía y arrogancia.	380
Nariz corta y aguileña,	
noble y audaz la mirada,	
ancho de hombros, bien dispuesto,	
fornido y de gran pujanza;	
aunque fino en su ademán	385
cuanto cortés en palabras,	
no cabe duda en que tiene	
el doncel la sangre hidalga.	
El traje un jubón listado	
de verde mar y escarlata;	390
un ferreruelo de pieles,	
y un sombrero sin falda.	
Un cuchillo empavonado,	
a estilo de monte o caza,	
lleva en su cinto prendido	395
más que en defensa por gala	
de no desmentir lo airoso	
en dejarse ver sin armas;	
que de ello mucho se cuidan	
los que vienen de su raza.	400
Viste un calzón ajustado,	
y retorcidas las calzas;	
en lo cual se mira bien	
que el hidalgo que las gasta	
sin curarse de atavíos,	405
va sin embargo a la usanza.	
El otro hombre, que a su lado	
al embozo de una capa	
de seda roja, su rostro	

de la muerta luz recata,	410
moviendo maquinalmente	
la lumbre con las tenazas,	
cual si tomara a placer	
poco a poco sofocarla;	
ostenta un traje de armenio,	415
y una caperuza blanca	
sobre sus sienes sujeta,	
su cabellera aunque escasa	
suficiente a entrelazarse,	
con su bien crecida barba,	420
que hasta la cinta del cuerpo	
en mechones se desgaja.	
¡Rugosa frente, mejillas	
encendidas cual la grana!	
Su mirar es de traidor,	425
risa sardónica, amarga,	
que sus dos labios sutiles	
convulsamente dilata:	
con tan continuo temblor,	
que el que atento lo repara,	430
juzga si acaso estarán	
tan trémulos porque engañan,	
y al vender la muerte impía	
desfallecidos desmayan.	
Pues según cuentan los moros,	435
Benahia el de Granada	
que éste es el nombre del docto	
en la ciencia planetaria,	
en pócimas y brebajes	
de los que la vida atajan,	440
en conjuros, adivinos,	
y en artes de nigromancia,	
es Benahín, el más diestro	
de los diestros de la magia.	
La voz del joven vibró	445
como un chasquido en la sala,	
pues era aguda, y el eco	
la repitió destemplada	
en revibrante zumbido	
largo espacio al reflejarla.	450
Fijó el astrólogo entonces	
en el joven sus miradas,	
y después en un reloj	
de arena menuda y parda	
que iba indicándole al tiempo	455
con sus granos que volaba.	
Cogió el astrólogo un frasco	
y tocándole a una vara,	
sintiose un roce, y después	

una punzante humarada 460
 de inflamado combustible,
 y brilló oscilante, escasa
 una luz verde y azul
 al principio, y después clara.
 El Mago la colocó 465
 sobre una serpiente de hasta;
 y aquella lengua de fuego
 que muda también les habla,
 y que ahuyentó las tinieblas
 de aquella oscura morada, 470
 vino a sacarles a entrambos
 de imaginaciones tantas
 como en su mente confusa
 desvanecidas rodaban.
 En aquel momento, el joven 475
 volvió a comenzar la plática.
 -«¿Conque por mí se decía
 tan extraña profecía?
 Si otra vez me la leyeras,
 acaso así distrajeras 480
 mi amarga melancolía.»
 -«En las partes de Occidente,
 entre los montes y el mar,
 y una ave negra y traidora,
 Ha de nacer y ser tal, 485
 que los panales del mundo
 para sí recogerá;
 y todo el oro del orbe
 codiciosa gomar lo ha;
 y no morirá del daño, 490
 y después tornará atrás;
 y las péñolas por fuerza
 de su cuerpo arrancarán;
 y de puerta en puerta errante
 ni un asilo ha de encontrar: 495
 ¡y acogiéndose a las selvas
 encerrada morirá,
 para Dios, y para el mundo
 que es doble fatalidad!»
 -¿Conque ese será mi fin? 500
 ¿Pudieras creer, Benahín,
 que esa lectura me alegra?
 ¿En que pensaba Merlín
 cuando me llamó ave negra?
 -¡El misterioso secreto 505
 de los hados, gran Señor,
 alcanza el sabio!
 -En efeto,
 yo de los sabios respeto

y de su ciencia el valor.
Mas respetar la impudencia 510
que se erige en providencia,
me sobra fe, y hasta ciencia
para no ser tan menguado.

Rolla, rolla el pergamino
que aunque tomo por holganza 515
la charla de ese adivino,
para tanto desatino
mi sufrimiento no alcanza.

¿Qué padres los suyos fueron
que tan otro le engendraron? 520
¿Qué otras artes le imbuyeron?
¿Qué otros milagros hicieron
los libros que le adiestraron?

¡Qué diera yo por tener
en mi reino a ese Merlín, 525
para apurar y entender,
si era su genio y poder
como es el tuyo, Benahín!

Entonces yo le diría
si el Cielo que le inspiró 530
tan singular profecía,
no, le inspiró que podría
ahorcar los profetas yo.

-¡Temed que vuestra jactancia
en contra os ponga los hados 535
que os inclina mi constancia!
-¿A mí sermones hinchados?
Maldita tu nigromancia.

Para los hombres sin fe
deja esas artes, Benahín, 540
que yo para mi bien sé,
cuanto ignora el que no ve
ni aun si está cerca su fin.

-Soberano de Castilla,
la ciencia también se humilla, 545
destrúyela con tu planta:
no por eso a tu garganta
separas más la cubilla.

-¿Juzgas que tengo temor
de vanas hechicerías? 550
Rindo a los doctos su honor,
mas solo creo al Señor
en llegando a profecías.

Trazar el rumbo a un lucero,
fijar un eclipse al Sol, 555
no es un milagro, embustero;
lo que lo fuera, hechicero,
es dar oro tu crisol.

No soy del vulgo ignorante,
supersticioso o sencillo, 560
que a la voz de un nigromante
mira brotar un diamante
de las ascuas de su hornillo.

Te equivocaste, africano,
hijo de la inmunda grey: 565
y aunque por ser tan villano,
no has de morir por la mano
de un caballero y de un rey,
pues ajaste mi grandeza,
yo hundiré tu presunción, 570
demostrando tu flaqueza:
y mañana tu cabeza,
verá el pueblo en mi balcón.

Verá que el que manda al sino
tiembla sólo ante mi nombre: 575
conocerán que el destino
de hallarse sujeto a un hombre
no fuera a un hombre mezquino.

-Don Pedro, Don Pedro.

-Y bien,

sabes puedes ayudarme, 580
en mi pretensión.

-También

sé que vais a ajusticiarme.

-Segura tienes tu sien,

si es que aquí nos entendemos.

Y pues ya nos conocemos, 585
y pues la llevas perdida,
mira si estimas tu vida
para que en tratos entremos.

Sabes que Aliatar intenta
en pago de su amistad 590
exigirme a buena cuenta
que en el enlace consienta
con su Zulema.

-Es verdad.

-Que don Fernando la adora;
que la hermosísima mora, 595
paga sus tiernos amores,
y que mis reales favores,
en vez de estimarlos llora.

-Sí señor.

-Sabrás también,
pues el suponerlo es llano, 600
que no puede ceñir bien,
de una agarena la sien
corona de un rey cristiano.

Por otra parte, perder

el apoyo de Aliatar, 605
que sólo así pude hacer
me venga a favorecer,
puédeme el reino costar.

Ahora bien; tu ayuda espero
para conciliar el modo 610
de ser a la fe sincero,
de un amigo verdadero
a quien amo sobre todo:

haciendo entender de paso
al rey moro de Granada, 615
que aunque exigencia extremada,
condesciendo, y que me caso
con su Zulema adorada.

Todo está previsto: ¡advierete
si quieres serme leal, 620
pues le prometo gran suerte!
-Juro servirte.

-Y la muerte
castigará al criminal.

¿Qué, está bien resuelto?

-Sí.

-Pues sígueme y, ¡ay de ti 625
si quebrantas tu promesa!
Toma esa luz y anda apriesa.

-¡Rey te acordarás de mí!

Salió delante el armenio
murmurando estas palabras, 630
y el rey don Pedro detrás
con leve y furtiva planta;
y aun si la sombra del muro,
se ha de creer que no engaña,
dibujó el negro perfil 635

de una mano levantada,
y de un cuchillo que en ella
parece al menos que ensaya
el golpe con que ha de herir
si un torpe traidor le asalta; 640

pues va rozando su punta
del astrólogo en la espalda
por una oculta escalera
de caracol, lentos bajan;
hasta que al fin el reflejo 645
de la linterna les falta,
y de sus pasos el ruido
va atenuándose, y se apaga.

- III -

Arde una lámpara de oro
suspendida de un pilar 650

de una capilla arabesca, subterránea sepulcral. Algunas tumbas de mármol de infinita antigüedad,	
sus negras cruces levantan en aquel santo lugar, como espectros vaporosos que en muda vigilia están, esperando que sus almas pasen a perpetua paz.	655
A un extremo se divisan en las gradas de un altar, y en presencia del ministro que los vino a desposar, encubiertos y de hinojos un doncel y una beldad.	660
¡Enlazados ya del cuello por los lazos de un cendal que con ser leves oprimen por toda una eternidad!	665
¡Que aunque es cierto que no pasa nuestra vida por ser tal, bien puede decirse eterno lo que no acaba jamás, mientras duran nuestros días que breves siempre serán!	670
Pocos y mudos testigos oyen la misa nupcial: pocos, porque no se fian los desposados demás; y mudos porque es su objeto solamente presenciar, y dar fe de que es cumplida tan santa solemnidad.	675
Ocultos y entre las sombras que las sepulturas dan, de vez en cuando se escucha alguna voz murmurar, o alguna planta medrosa, que se desliza fugaz,	680
y aun de aceros y de espuelas el medroso rechascar. El ir con armas ya es prueba de que algunos riesgos hay, si el secreto y el misterio no lo hicieran sospechar.	685
La ceremonia concluye; el sacerdote se va, los hombres desaparecen; sólo dos quedan detrás	690
	700

de los nobles desposados,
de su respeto en señal.
Queda la iglesia en tinieblas;
se oye una verja cerrar,
y un sordo y lento murmullo 705
aunque distante quizás:
y después, como de un hombre,
el tardo caer, y un ¡ay!
tan horroroso y tan débil,
que de su alma al espirar 710
debió de ser el postrero
de su martirio final.

- IV -

Como estaba el rey incierto
del lance de don Fernando,
con sus nobles platicando 715
pasó la noche despierto.

-«Del nuevo día la luz
en Toledo nos verá,
que humilde al fin besará
de mis pendones la cruz. 720

Que esa ciudad imperial
dicen que está dividida
en dos bandos, corrompida
por el conde desleal.

Y aun entre otras novedades 725
la que más valida corre,
es que asaltaron la torre
que llaman de los Abades.

Pero merced al valor
que harto encarecer no puedo, 730
de don Fernando Toledo,
su insigne gobernador.

Deshechos y destrozados
los enemigos volvieron,
y diz que muchos salieron 735
por las troneras lanzados.

En lo cual pronto se advierte,
que ese Conde don Enrique
cuenta que se sacrifique
por él un partido y fuerte. 740

Mas yo fío en vuestras lanzas
que acabarán sus porfías,
dando cimiento a las mías
y fin a sus esperanzas.»

-«Mens Rodríguez soy, señor,» 745
le contestó un caballero
«de aspecto noble y severo,
muy su amigo y servidor:»

«En la liza me habéis visto
cubierto de sangre mía, 750
entre la infiel morería
clavando el pendón de Cristo.»

«De modo que conocéis
que no es por falta de aliento,
si mi franco pensamiento 755
os advierte no lo erréis.»

«Juzgo en el día arriesgado
un combate con el Conde,
y más en Castilla, en donde
está mejor estimado.» 760

«El rey de Francia le envía
poderosos escuadrones;
el papa sus bendiciones,
que no es poco.»

-No, a fe mía,
siendo la mísera España 765
fanática como tú.

-El mismo Duque de Anjou
le ayuda a entrar en campaña,
con gentes y bastimentos:
y por el contrario vos: 770
¡vuestros amigos, por Dios,
son pocos y descontentos!

Ese Príncipe de Gales,
el que tanto encareció
el ayuda que os prestó, 775
abandona vuestros reales.

En el mismo corazón
de vuestros reinos, ya veis
cuán pocos nobles tenéis
a vuestra disposición. 780

Hasta Burgos, Salamanca
y otras plazas de Castilla,
de su buen nombre en mancilla,
con intención poco franca,
ya por vuestro hermano están, 785
y le ayudan en la lid.

Guipúzcoa, Valladolid
también sus hombres le dan.

¡Ya veis el paso de Andorra
qué mal se le defendieron! 790
¡Ya veis cuán pronto le abrieron
las puertas de Calahorra!

Esto prueba que Aragón
no es del Conde tan contrario:
y aunque no tan partidario 795
no está mal quisto en León.

Así pienso que arriesgáis

reino, amigos y tesoros,
 a manos de infieles moros,
 pues que con ellos contáis. 800
 ¡Y los pocos que aquí estamos
 no sentiremos morir,
 sino ver no ha de servir
 ni aun tampoco el que muramos!
 -Gautier Fernández, decid, 805
 ¿pensáis vos del mismo modo?
 -le dijo el Rey.
 -En un todo:
 y aun si os place, a eso añadid
 bien funestos desengaños
 que os dieron otras ciudades, 810
 por falsas deslealtades,
 o vergonzosos amaños.
 Vuestros grandes intereses
 a los suyos postergados,
 ya los visteis humillados 815
 en los muros cordobeses.
 De quien tanto os esperabais
 por deberos tanto bien,
 os dio en Úbeda y Jaén
 un pago que no aguardabais. 820
 Que os visteis en precisión
 de incendiar sus chapiteles
 para escarmiento de infieles,
 reos de lesa traición.
 En fin, Logroño, Vitoria, 825
 y aun Ávila, y Salvatierra,
 que acataron en la guerra,
 y en la paz vuestra memoria;
 Con pretexto del favor,
 que ahora darles no podéis, 830
 (vana disculpa) ya veis
 que eligieron por señor:
 ¡Un rey extraño a sus usos:
 a Carlos de Francia!
 -¡Extraño
 que hasta en conocer su daño 835
 haya pueblos tan ilusos!
 -¡Si es bastan quinientas lanzas,
 que es todo lo que contáis
 de castellanos, fiáis
 de bien cortas esperanzas! 840
 Pues yo esos moros no cuento:
 que antes el verlos hermanos,
 con nuestros buenos cristianos
 basta a frustrar todo intento.
 -Sí un otro que vos, Fernan... 845

Mas cortemos desazones
 y acabemos de razones,
 que ya prolijas están.

Fernán Alonso Zamora,
 entonces le habló resuelto, 850
 -puesto señor que habéis vuelto
 a vuestro empeño; en buen hora.

Sobre Toledo caeremos
 que aún guarda por vos sus muros,
 y allí entre amigos seguros 855
 la ocasión esperaremos.

Entretanto publicad
 por edictos y pregones,
 universales perdones
 a toda noble ciudad, 860
 infanzón, noble, pechero,
 de cualquier reino vasallo,
 que ofrezca lanza y caballo
 por don Pedro el Justiciero.

Que hablando así de perdón 865
 y humillándoos... ¿A esa grey
 de bastardos?... gritó el rey,
 cortando su relación:

¿A tal precio me vendrían
 valientes sostenedores?... 870
 ¡No los quiero, con traidores
 mis armas vio vencerían!

Arriesgaré reino y vida
 como animoso y gallardo,
 antes que ver al Bastardo 875
 con la corona ceñida.

¡Pocos sois, mas no me arredro,
 si aún tengo vuestra cuchilla:
 dos reyes no habrá en Castilla,
 mientras aliente don Pedro! 880

La gente haced disponer,
 y en cuanto esté apercebida,
 nos pondremos de partida,
 aun antes de amanecer.

Aunque pienso que ya el día 885
 el rojo oriente colora,
 según los cristales dora
 de esa ojiva celosía.

¿Pero no habéis advertido?
 De los pintados cristales, 890
 las ráfagas celestiales
 la sombra ha desvanecido.

Y otra vez la lumbre escasa
 pinta sus vivos colores;
 corred las verjas, señores, 895

y sepamos lo que pasa.
A los andenes salieron
el Rey y sus cortesanos,
e involuntarias sus manos
las espadas requirieron. 900
Vieron en grupos diversos
que de tropel avanzaban,
soldados que asesinaban
a indefensos y dispersos.
Gran parte de los que huían, 905
que eran de Montiel vasallos,
a los pies de los caballos
despedazados caían.
Grupos de hombres con hachones
formaban las luminarias, 910
y con teas incendiarias
abrasaban los torreones:
y a cada momento crecen
el fuego, el humo y las voces
de aquellas hordas feroces 915
que del infierno parecen.
Los unos en fuga van;
los otros de arremetida:
a los que imploran la vida,
la muerte en pago le dan. 920
Lanzas, espadas y flechas,
entre el humo y confusión,
volaban hasta el balcón
en mil pedazos deshechas.
Y el Rey don Pedro, creyendo 925
que están sus ojos soñando,
está furioso mirando
sin saber lo que está viendo.
Mas no pudiendo dudar
de que ve sangre vertida, 930
salió a la lucha reñida
con la daga, y sin armar.

- V -

Todo es silencio en las calles
de Montiel; sólo se escucha
de cuando en cuando el rondar 935
de vigilantes patrullas.
Pero en tanto, hasta los valles
y las campiñas retumban
con el fragor de un combate
que tan largas horas dura; 940
pues empezó antes del alba,
y ya apenas se vislumbra
el resplandor que da el sol

cuando en ocaso se anubla.
 Desde una gigante torre 945
 dos moros miran la pugna,
 y de sus graves razones
 estas palabras se escuchan:
 «Esos clarines que atruenan,
 el sangriento fin anuncian, 950
 y la derrota de alguno
 de los campos. Esa oscura
 nube de polvo rojizo
 que hasta el firmamento enluta,
 las nubes son que levantan 955
 los vencidos en su fuga.
 Ya cesa el ronco clamor
 de las armas; ya no alumbran
 esas centellas de fuego
 que hasta el Occidente cruzan, 960
 cuando hierro a hierro asidos
 dos ejércitos fluctúan,
 como dos mares inmensos
 que frente a frente se empujan,
 hasta que el más poderoso 965
 sobre el otro se derrumba.
 El Conde de Trastámara
 es sólo Rey.»

-¡Qué mal juzgas

si en el número de fuerzas
 el vencimiento aseguras! 970
 ¿Tan lejos está, Benahín,
 nuestra sorpresa nocturna
 cuando intenté apoderarme
 de don Pedro, por la injuria
 que me hizo ¡válgame Alá! 975
 No sólo en tomar a burlas
 de un regio empeño la fe,
 sino en intentar que suplan
 de un doncel las pobres bodas
 a sus soberanas nupcias? 980
 Y bien, ¿qué nos sucedió?
 Que a pesar de que eran duplas
 nuestras escuadras de moros,
 y de que venían juntas
 con los refuerzos del Conde 985
 don Enrique; a quien tu astucia
 hizo llegar el aviso,
 de que si el intento ayuda,
 del Rey su hermano era fácil
 asegurar la captura; 990
 ¡a pesar de todas esas
 favorables coyunturas,

del incendio inesperado, de la sorpresa profunda con que en Montiel penetramos	995
como desbandadas furias, indefensos, con sus pechos por murallas más seguras, pocos vasallos bastaron a contener nuestras turbas!	1000
¡Y aun para mengua, Benahín, de mis lanzas andaluzas, don Pedro y veinte jinetes me las pusieron en fuga, y en tan completo desorden,	1005
que diezmados en la lucha, volvimos todos las caras con la ignominia confusas! -No compares, Aliatar, la guerra a una escaramuza;	1010
además, que no está siempre de buen gesto la fortuna. ¿Pero no ves por la Plaza del Campillo, cómo cruzan gentes de guerra que avanzan?	1015
Son de la escolta de Muza. -Vamos, Benahín, y saldremos de tan temerosas dudas, él viene de la pelea. -Fue dichosa invención tuya,	1020
Benahín, aconsejarle a tan fiel moro, el que acuda a don Pedro suponiendo que mi traición le disgusta; y que es infamia a Zegríes	1025
de su generosa alcurnia; y que con diez mil ballestas que de infame me intitulan, le ofrezca fiel sus servicios y vengarle de mi astucia:	1030
repito que fue feliz tu imaginación fecunda; pues de este modo a su lado pusimos las medias lunas, ¡qué acaso al sol de Castilla	1035
robaron hoy su luz pura! Vamos, que Muza ha llegado, y la impaciencia me apura de saber si mi deshonra quedó con su sangre oculta.	1040

En una estancia sencilla
 hay un herido en el lecho;
 y en santo lloro deshecho
 un sacerdote a su orilla.

Dos berberiscos con lanza 1045
 a la puerta vigilando;
 y una mujer invocando
 a un Cristo de la Esperanza,
 «¿Y don Pedro mi señor?»
 clamó por fin el herido, 1050
 «Si nuevas habéis tenido
 decídmelas por favor.»
 -¡Don Fernando, reposad
 vuestro triste pensamiento,
 y tan sublime momento 1055
 sólo a Dios encomendad!
 -¡Ah! Dejadme, padre mío,
 ya que en mis ojos se advierte
 que está tan cercana mi muerte.
 -No, no es cierto, yo lo fío, 1060
 prorrumpió en voz dolorosa
 la suplicante mujer:
 ¡Tú morir!... no puede ser;
 ¡Que aún tiene vida tu esposa!
 -¡Zulema, Zulema mía!... 1065
 ¿Sabes por qué estás conmigo?
 ¿Sabes que es sólo en castigo,
 porque veas mi agonía?
 -No... es imposible, Fernando.
 -Calma, Zulema, tus voces: 1070
 mira esos guardias feroces
 que nos están vigilando.
 ¡Si no fuera que esos moros
 no son de entrañas tan fieras
 como Aliatar, no pudieras 1075
 verter en mi faz tus llores!
 Ni en las profundas heridas
 que me hacen ¡ay! tanto mal,
 ceñir el blanco cendal
 con esas manos queridas; 1080
 y si no fuera por ellos,
 mi Zulema idolatrada,
 no hallará tan suave almohada
 mi sien sobre tus cabellos.
 -«Pero, mi padre, ¿por qué, 1085
 nos hacen tanto penar?
 ¿Es un delito el amar?
 -En nosotros sí lo fue.
 Tú eras la joya ofrecida,
 mi dulce amor, mi Zulema 1090

que en una regia diadema,
debió de engarzarse unida.

Una inocente ficción
de don Pedro, ¡qué mal digo!
de mi generoso amigo, 1095
fue causa a mi perdición.

Sabía el rey que en perderte
perdía mi vida yo;
y aunque te amaba, venció
su inclinación en quererte. 1100

Mas siendo formal su empeño,
con tu padre, en su lugar,
me hizo contigo casar:
¡aún lo juzgo un dulce sueño!

Conciliando de este modo 1105
sin romper treguas con él,
premiar mis servicios fiel,
mi amor, mi amistad, ¡y todo!

Con la esperanza, Zulema,
de que si Aliatar sabía 1110
el trueque, él me encumbraría
tan cerca de su diadema,

que con ser rey de Granada,
y de la gente agarena,
la boda diera por buena, 1115
y a su hija por bien casada.

Pero todo se frustrara
cuando al traidor Benahín
se lo dijo, con el fin
que a tu padre alucinara. 1120

¡Aunque no le faltó espía
sin duda que nos vendió,
pues viste nos sorprendió
en el punto de ser mía!

-«¡Ay infeliz! ¡aún recuerdo 1125
con qué furor te arrancaron
de mi pecho y te lancearon!
-De eso sólo no me acuerdo.

Mas, y del rey ¿qué será?
¡Pues el lance descubierto, 1130
Aliatar, tengo por cierto
que en su apoyo no estará!

¿Es verdad que han sorprendido
en esta noche a Montiel,
y que su pueblo hartó fiel 1135
ha luchado y ha vencido?

¿Y no es hoy cuando se fia
al trance de una campaña
el solio hermoso de España?
Decidme por vida mía, 1140

¿cesó la lid? ¡Por qué yo
 no os pude mi rey valer!...
 ¡Hablad; me angustia el temer
 si don Pedro no venció!»
 En aquel mismo momento 1145
 aunque ligeros y escasos,
 sintiose el rumor de pasos
 junto a aquel mismo aposento.

Y alumbrados por eunucos
 Muza, Benahín y Aliatar 1150
 se les vio al punto llegar
 con guardias de mamelucos.
 -«Don Pedro el vencido fue,»
 exclamó Muza, «en la guerra
 bajo el caballo, y en tierra 1155
 al partirme le dejé.»
 -¡Traidores!
 -¡Calla Fernando!...
 -Zulema, voy a expirar.
 -«Si se atreve a blasfemar»
 prorrumpió Aliatar gritando, 1160
 «yo mismo con este hierro...
 -Ven, malsín, ¿qué te embaraza?
 Hierre.
 -Pronto, una mordaza,
 y amarradle como un perro.
 -Antes que sufra esa afrenta, 1165
 ya el alma vuela al Señor;
 Zulema, adiós, a tu amor...
 -¡Fernando!...
 -Mi afán le cuenta
 a mi rey: y si algún día...
 No temas morir por él, 1170
 que aunque le llaman cruel,
 es un... ¡Dios!... ¡Zulema mía!...»
 Los eunucos avanzaron
 a sujetarle insolentes,
 mas sus manos de los dientes 1175
 de un cadáver se apartaron.
 El ministro del altar
 extendió el santo ropaje
 sobre el muerto, un nuevo ultraje
 resuelto a no tolerar. 1180
 Zulema cayó expirante
 o muerta o desvanecida,
 con ambos brazos prendida
 de los brazos de su amante.

Gutier Alonso, Fernán, Men Sanabria, o vos Vinuesa, decidme, ¿qué cerca es esa, que labran con tanto afán?	1185
¿Dónde están mis servidores, que tan cerca de la plaza no sale uno, y embaraza, las obras de esos traidores?	1190
¿A qué tan hondo ese foso? ¡Presumo que va de veras, y que nos tienen por fieras guarecidas en el coso!	1195
¡Haces bien, conde dichoso, en ir tendiendo las redes; y aun detrás de esas paredes teme las garras del oso!	1200
¡Cuando te curas hoy tanto de máquinas tan extrañas las guardadas alimañas te deben causar espanto!	
No es extraño, que aún reciente tendrá tu negro corcel la roja mancha que en él dejó del león el diente.	1205
Cuando en Nájera, menguado, por dar a tu miedo escucha, dejaste roto en la lucha tu ejército abandonado.	1210
Bien haces, Conde, en guardarte; pero no sé si hacen bien de rey cobarde la sien los soldados en coronarte.	1215
Bien sabes, bastardo Enrique: y aunque ayer fuiste feliz sabe don Pedro en la lid, tomarse pronto despique.	1220
Si no temiera arriesgar mis leales, te prometo que en tu mismo parapeto la tumba te hiciera hallar.	
¡Mas harta sangre corrió de mis vasallos leales, para que en nuevos raudales prodigue la que quedó!	1225
Hartos daños me debéis sólo con leer mis soldados, pues el rigor de los hados tan sin razón padecéis.	1230
Os guardo cual joya santa, que es talismán peregrino,	

y que en mi triste destino 1235
únicamente me encanta.
¿Aún os dura la tristeza?
le dijo Sanabria.

-No,
pues no dejé de hacer yo
cuanto estuvo en mi nobleza, 1240
que ayer aun después que os vi
deshechos por todas partes,
detrás de mis estandartes,
fui el último que salí
defendiendo mis vasallos. 1245

-Cierto, aunque estabais herido,
y aunque ya habíais perdido
en la lucha tres caballos.
-¿Por qué entonces me acudisteis?
¡Morir me fuera mejor: 1250
por pagar tan fino autor
a vivir me decidisteis!

Sin duda ya presentía
del combate el fin sangriento;
pues en el mismo momento 1255
roto mi campo volvía.

¡No, no es justo galardón
por mi vida que salváis,
que os lleve yo a que muráis
al pie de ese paredón. 1260

Conozco que romperéis
por sus lanzas y sus muros;
y en vuestros brazos seguros,
en libertad me pondréis.

¡Pero cuántos caerían 1265
por conseguir libertarme!
para después consolarme
¡Qué pocos me quedarían!

¡No: vuestra sangre es preciosa:
ni una gota más vertida! 1270
No la merece una vida
tan trabajada y penosa.

¡Lo que sí al menos espero,
es que a vuestro afecto fiel,
no parecerá cruel 1275
jamás el rey Justiciero!

¡Si vierais cuánto lastima
la voz de un pueblo que infama,
y de su señor la fama
por su mengua desestima! 1280

¡Ah! ¡olvidad por Jesucristo
que he llegado a enternecerme!
¡que el pueblo pudo deberme

dos lágrimas que habéis visto!
 Sí, ese pueblo es como el mar;
 si encuentra débil barrera,
 apresura su carrera
 por cima sin rebramar:
 mas si halla una fuerte roca,
 hasta que la vence lucha,
 y eternamente se escucha
 el ímpetu con que choca.
 Yo nací muralla firme;
 el mar en mí se estrelló,
 por eso *cruel* soy yo,
 porque supe resistirme.
 -No todos injustos son,
 le replicó el buen Gutier,
 pues muchos hallan placer
 en alzaros de opinión.
 Dejad vanas fantasías,
 que más bien pensar debemos
 en cómo os distraeremos
 de vuestras melancolías.
 -Dices bien; antes que todo
 es pensar en cómo estamos;
 y que todos discurramos
 de mejorarnos el modo.
 Sufrir el cerco creo yo
 imposible; hasta la harina,
 para acelerar mi ruina,
 algún villano maleó;
 y contra el hambre jamás
 lucharán mis hombres buenos;
 que la vida tengo en menos,
 y la honra tengo en más.
 Sólo nos resta saber
 si hay en la gente enemiga
 algún noble que se obliga
 nuestra marcha a proteger.
 Y por tamaño favor
 Señor de villas le haremos,
 y a nuestra cuenta tendremos
 dar premio a su grande honor.
 Vendiendo si lo requiere,
 aun mi caballo y mi lanza,
 para saciar su esperanza,
 por inmensa que lo fuere.
 Y porque no se dilate,
 si os parece, es gusto mío,
 aunque de todos confío,
 que Men Sanabria lo trate.
 Y vos esto le decid.

Y por vuestras libertades,
tan buenas seguridades, 1335
en mi nombre le añadid
a quien sea: si se alcanza
que nos favorezca alguno:
¡mas si no encontráis ninguno
manos nos quedan y lanza! 1340
¡Pues don Pedro, a buena ley
os jura si no os salváis,
aunque muy pocos muráis
que ha de morir vuestro Rey!

- VIII -

En su tienda de campaña. 1345
Con sus nobles caballeros,
está el Conde don Enrique
sus cuidados departiendo.
A juzgar por sus semblantes
confusos, tristes, suspensos, 1350
grave es sin duda el motivo,
y a más de grave, en extremo
peligroso y complicado.
No era el lance para menos;
pues refirioles Calquín, 1355
de Men Sanabria el convenio:
y a esta sazón concluía
su plática en estos términos:
-«Soria, Almazán, Monteagudo
y otros cien hermosos pueblos, 1360
de hoy más correrán por míos
si pongo libre a don Pedro.
Atienza, Deza, Lerín,
desde este mismo momento
me rendirán pingües rentas 1365
de su vasallaje en feudo.
Doscientas mil doblas de oro
castellanas, de buen peso,
es lo menos que me ofrecen
para comprar mi silencio, 1370
si a vuestro hermano y los suyos
en la fuga favorezco.
Seguras son las promesas;
grandes las Glorias y aumentos,
poderoso el que suplica, 1375
casi ningunos los riesgos;
y sin embargo es tan grande
la lealtad con que os venero,
que antes que vender mi Rey,
mi propia fortuna vendo; 1380
¡que a costa de ser traidor,

no ansío tan alto puesto!	
Esto sabed, Rey Enrique;	
y aunque de paso, os advierto	
que cuidéis no se malogren,	1385
(y no mancillo con esto	
de ninguno de vosotros	
el blasón y grande aliento);	
¡mas cuidado no se malogren	
vuelvo a decir, los esfuerzos	1390
que nos costó el encerrar	
a ese león tan sangriento!	
Que si escapa de estas redes,	
aun con ser tan alto el cielo,	
para estar libre a sus iras,	1395
por seguro no le tengo,»	
don Enrique respondió	
después de un breve momento,	
en que dejó a su sorpresa	
de desvanecerse tiempo.	1400
-«Generoso héroe francés,	
Beltrán Calquín, mucho os debo;	
pues dádivas y fortunas	
que avasallan nobles pechos,	
sirven hoy de acrisolar	1405
las hidalguías del vuestro.	
Esos títulos que os dan,	
esas villas y dineros,	
yo por mi parte también	
os ratifico y prometo:	1410
y aun acrecer de mi renta	
a tan gran servicio el premio.	
Ahora bien, de vos depende	
el rendirmele completo.	
A Men Sanabria diréis	1415
que ayuda dais a su intento;	
y que de la noche apenas	
vaya la mitad corriendo,	
en vuestra tienda esperáis	
apercibido y dispuesto,	1420
con escolta suficiente	
de jinetes y de arqueros,	
a guiar la marcha oculta	
de ilustre prisionero	
hasta el punto que eligiere	1425
por más seguro en su reino.	
Decidle que venga solo,	
o con pocos escuderos;	
pues el número embaraza	
la utilidad del secreto.	1430
Pero para asegurarle,	

le prometeréis resuelto de tener a buen recaudo sus capitanes guerreros, hasta ponerlos en salvo, y bien cerca de su dueño.»	1435
-«Está bien», dijo Beltrán y salió del aposento; y don Enrique quedó, la emboscada previniendo, contra el más fuerte León que vio el castellano suelo.	1440

- IX -

Del castillo de San Pablo se oye el rastrillo caer. Por el puente levadizo hasta seis hombres se ven que bajan a trote corto a los llanos de Montiel. La luna brilla entre nubes, pero con tal palidez, que más que aclara confunde lo que alumbra al parecer. Un hombre delante va, y otros dos muy cerca de él; y detrás algo apartados cabalgan los otros tres. El primero es Men Sanabria; le siguen Fernán y el rey; los otros hidalgos son Viñuesa, Alonso y Gutier. Tan cerca están de los reales, que aun en la noche, el arnés se divisa con las lises de Francia; y en gran tropel las mil tiendas de campaña, de sólo el campo francés. -«Mal hizo en entrar en tratos con un extranjero infiel» dijo a don Pedro, Fernán. -«Pues yo pienso que hizo bien,» replicó el rey; «pues no creo, se hallará en Castilla, quien sin ofenderse, escuchara tratos que afrentan su ley. Que una cosa es que vacilen sobre el señor que se den, ¡y otra elegirlo a su gusto para venderlo después! Esa tienda cuya entrada	1445
	1450
	1455
	1460
	1465
	1470
	1475

cubre rojizo dosel,	1480
sin duda es la de Beltrán.	
¡Hoy es la primera vez	
que me aproximo a un peligro	
pensando como saldré!	
¡Y es verdad, que hoy en mi vida,	1485
es la primera también,	
que sin mi amigo me encuentro,	
cuyo corazón fiel,	
era el refugio del mío,	
en mis tormentos! ¡No sé	1490
si le he perdido! ¡ah! ¡Fernando!	
¡No es ingrato el rey cruel!	
¡Los amigos que me restan,	
Fernán Núñez, ya los veis!	
Mis amores se han perdido	1495
a la sombra del placer;	
¡en fin en el mundo ya	
poco aguardo que perder!	
¡Y sin embargo, confieso	
que es hoy la primera vez	1500
que me aproximo a un peligro	
pensando cómo saldré!»	
En esto paró Sanabria	
el trote de su corcel.	
Dos hombres se adelantaron	1505
a su recibo, y después,	
hasta veinte más, armados	
desde el almete a los pies.	
Con dos teas se acercaron	
hasta el mismo palafrén	1510
de don Pedro, que al saludo	
les correspondió cortés.	
Y extrañando la tardanza	
de la partida, al saber	
que sólo por un momento,	1515
y con humilde interés,	
Beltrán Calquín le rogaba	
su tienda favorecer,	
a su pabellón pasó	
aunque a despecho, y a fuer	1520
de caballero cumplido.	
Fernán le siguió el doncel,	
y Men Rodríguez Sanabria.	
Al entrar, cruzáronse,	
las Guardias en dos hileras:	1525
como dejando entender,	
que de allí sólo saldrían	
de sus lanzas al través.	
Conoció entonces don Pedro	

su imprudente proceder; 1530
¡y más fiando tan sólo
de un extranjero en la fe!
Tarde era a volverlo atrás,
y así adelante se fue.

- X -

El pabellón de Calquín 1535
es una estancia ochavada,
escasamente alumbrada,
de una hacha mezquina y ruin.

Treinta lanzas custodiando
están al noble caudillo; 1540
y en un asiento sencillo
Beltrán Calquín descansando.

Al entrar don Pedro, oyó
revibrar una trompeta:
se abrió una puerta secreta 1545
y su hermano apareció.

También venían con él
multitud de ballesteros
-«¡Mirad,» dijo a sus guerreros:
«ese es don Pedro el *Cruel!*» 1550

-«Yo soy; yo soy»: respondió
rugiendo el León de España;
y la tienda de campaña
en palenque se trocó.

Don Enrique de no mandoble 1555
le dividió la mejilla;
mas resistió el de Castilla
como se resiste un roble.

Y haciendo el hierro pedazos,
ya desarmados los dos, 1560
encomendándose a Dios,
se vinieron a los brazos.

Ágil don Pedro y fornido
luchaba con más despecho,
y así despidió a gran trecho 1565
al conde desvanecido.

Y clavando la rodilla,
sobre su garganta real,
le dijo con voz mortal,
«Ya es de don Pedro Castilla.» 1570

Pero un poder sobrehumano
detuvo el golpe de muerte,
y entonces el Rey advierte
que Calquín para su mano.

-«¿Por qué me apartas, traidor, 1575
si era el duelo a buena ley?»
-«Ni quito ni pongo Rey,

sino ayudo a mi señor.»

Debajo puso a don Pedro:
haciendo el cuerpo al caer, 1580
el ruido que puede hacer
cuando se desgaja un cedro.

Don Enrique, aún repuesto
de su congoja, cobró
nuevo valor cuando vio 1585
a su rival tan mal puesto:

y el auxilio aprovechando
del traidor Beltrán Calquín,
puso a su combate fin,
a su Rey *asesinando*. 1590

¡Tres veces crujió su acero
al rasgar con fuerte mano,
el corazón de su hermano,
y del mejor caballero!

¡Y los suyos que juzgaron 1595
saciar así sus venganzas,
con los cuentos de sus lanzas
el cadáver golpearon!

Y tanto espacio duró
su feroz carnicería, 1600
que el sol del naciente día
tamaña infamia alumbró.

- XI -

¡Aquel pueblo que tirano
llamó a don Pedro, el *Valiente*,
besó rastrero y ufano, 1605
la diestra en sangre aún caliente
del que asesinó a su hermano!

FIN